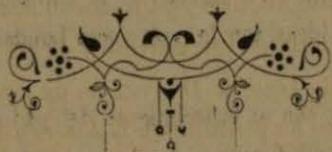


El Sr. Mora, despues de una brillante carrera escolar en la que fué condiscípulo de Don Sebastian Lerdo de Tejada, ocupó en la Iglesia católica mexicana los altos puestos de obispo de Jalapa y de Puebla. Lo distinguió siempre, además de su gran erudicion y sus verdaderas virtudes evangélicas, un espíritu de cristiana tolerancia.

La Cámara popular perdió tambien entre sus miembros al Sr. D. VÍCTOR PEREZ, miembro que fué del Congreso Constituyente; y entre las filas de los jóvenes, á RICARDO MORENO, y por último, al Sr. PARDO, recientemente electo por un distrito del Estado de Hidalgo.

Amigos tambien muy queridos se nos han ido en este año: aún están recién abiertas las fosas de MANUEL ALVIREZ GONZALEZ, liberal intachable y partidario modelo de lealtad en el suelo michoacano, y la de MIGUEL MEYSES allá en el fondo de la India inglesa, y . . . las de tantos otros



EL BUSTO DE ACUÑA.



ACUÑA es un gran poeta, dirán los que registren más tarde nuestra historia literaria; fué un verdadero poeta que tomó á lo serio su genio sobre la tierra, decimos los que presentimos su martirio y palpamos su agonía.

La historia de ese martirio y de esa muerte, la ha recogido y consignado Juan de D. Peza, en un artículo reproducido hasta la saciedad en los periódicos de la América del Sur. Es la verdadera, pero entrevelando detalles que ninguno de los amigos de Acuña debía librar á la publicidad. Cuando más, esos detalles podrían figurar en las memorias póstumas de Peza, de Ortiz, de Garza ó mias. De modo que esa fantasía brillante que sobre Acuña hizo Adalberto Esteva en las columnas del *Naciona*l, fué una fantasía hecha de *oidas*; cuando Acuña murió, Adalberto era todavía muy joven, creo que casi niño.

Yo no solo fui su contemporáneo, sino su amigo. Cuando creyó que debía abandonar la vida, trabajábamos en escribir dramas patrióticos para los teatros de barrio. Ya había él versificado uno que se titulaba *Letuona*. Yo fui el comisionado para hablar en su inhumación á nombre del *Liceo Hidalgo*, al cual pertenecían entonces: Ramirez, Altamirano, Peredo, Pimentel, Riva Palacio, Cuellar, Tellez, Luis G. Ortiz, Sosa y Alcaraz.

En ese desmarmelado cementerio del Campo Florido, rendí á nombre del Liceo los últimos honores humanos á Acuña, y así concluía en medio de una emoción inexplicable:

“Y tu, cadáver impasible, á cuya presencia se ha convertido nuestra alma en un santuario, hoy que empieza tu transformación, hoy que no eres sino la reliquia que debemos entregar á la tierra, hoy que tus dolores se han perdido ya entre las sombras de todos los pesares y de todos los martirios, hoy venimos á cumplir el más desesperante de todos los deberes: á saludar á un muerto. Ayer, taníamos un sér á quien estrechábamos con la tierna efusión de la amistad; hoy, solo nos queda su memoria: sus cenizas son elementos que demanda la naturaleza y sus misteriosas leyes nos las arrancan; pero no acabará su vida en el sepulcro. Sus cantos de poeta, sus arranques de pensador recorrerán en alas de la gloria, el mundo del sentimiento y la poesía, y salvando los abismos de la muerte, perpetuarán su nombre en generaciones enteras de pensadores, como los rayos de las estrellas que se extinguen, perpetúan su imagen al salvar los abismos del espacio.

“¡Estrella que se extinguió, tu luz nos ilumina! ¡Poeta, tu nombre es un poema en nuestras almas!

“Hermano, ya que nuestras lágrimas no pueden volverte á la existencia, recibe el postrer adiós de tus hermanos!”

Hiperbólicas y de mal gusto, dirán algunos al leer estas frases; pero

yo os protesto que me nacieron del corazón. Las repito porque las sentí, y las dije con la conciencia de que interpretaba los sentimientos agitados de los que me escuchaban

Cómo supe la muerte de Acuña, fué semejante al efecto de un rayo. Había yo estado con él, en una imprenta de la calle de Perpetua corrigiendo *pruebas*, nos habíamos separado, él para irse á bañar y yo para ir á hacer el *oso*. A las tres de la tarde, poco más ó menos, me encontré á Pancho Sosa enfrente del *Colegio de Abogados*, hoy casa del Telégrafo Federal, y me dijo que Acuña se había suicidado.

No lo quise creer; él, descajado y pálido, insistía en su lúgubre noticia, y tuve que convencerme cuando vi su cadáver tendido ya en la antigua capilla de la Escuela de Medicina.

Hubo entonces un carácter, que gran carácter era D. Leopoldo Rio de la Loza, que impidió que Acuña fuese mandado á un anfiteatro vulgar, y que nos permitió que en el seno mismo de la Escuela honrásemos su memoria. El gran químico, gloria de la patria mexicana, despertó ese día á la vida del corazón y volvió á los años juveniles. Bien es cierto que nunca envejeció el corazón de ese noble anciano, que aprendió á amar la libertad en los calabozos inquisitoriales desde niño, que fué de los fundadores de la Escuela de Medicina en 1833, cuando la inauguró Gómez Farías, que se alistó en la guardia nacional cuando en 1847 el invasor norte-americano profanaba la patria, y que nunca dió otro título á Maximiliano que el de Monseñor ó el de Archiduque.

Enterramos á Acuña con un gran desaliento en el alma. No porque las ideas materialista y positivista hubiesen provocado su muerte, sino porque casi al borde de su tumba supimos de una manera cierta, que lo había matado la *miseria*, la miseria vergonzante, la miseria, más terrible en los que visten levita que en los que visten

andrajos. Un drama terrible del alma determinó esta miseria, un pudor propio de una alma límpida y pura hizo estallar la desesperación, un organismo excepcional buscó la catástrofe. No podemos decir más sus amigos. Un sér vulgar no se hubiera matado; cada uno de nosotros hubiera alejado de sus labios el veneno, al saber las causas; pero las calló con una resignación de mártir

Sus poesías prometían mucho, su drama *El Pasado* revelaba un génio. Era una esperanza. Pero aun truncada esa esperanza, sus obras literarias son gloria y honra de la generación en la que vivió. Al morir, su talento había llegado á su meta: esto lo reconocen todos los críticos.

Por esta doble consideración inauguramos su busto. Pensamos en ello primero, Juan de Dios Peza y yo; dudábamos entre Rodríguez Galvan (otro inmortal olvidado) y Acuña; pero Peza se hizo esta reflexión: que Acuña era de nuestra generación un poco maltratada por las envidias de la que asoma, y al oírnos discutir se asociaron á nuestro pensamiento: Manuel Sierra Mendez, hermano de poetas, Enrique Labrada é Isidoro Pastor.

Lo que pasó despues fué bien sencillo: pedimos permiso al Sr. D. Pablo Bergés, propietario del Teatro Nacional, para colocar el busto de Acuña en el lugar que ocupaba una *Niobe*, entre los bustos del nunca olvidado poeta Fernando Calderon y del inmortal actor Antonio Castro, y ese permiso nos fué concedido con una galantería exquisita. Mandamos hacer luego el busto al Sr. Santillan, hábil y distinguido escultor, y una tarde, sin aparato alguno, lo colocamos en el nicho que está en el centro, del lado sur del patio de cristales del Teatro Nacional.

No es este el único recuerdo que el cariño íntimo ha levantado á Manuel Acuña. En el mismo Campo Florido, un corazón apasionado le levantó un túmulo artístico y elegante, aunque sencillo, con

las economías de un trabajo cotidiano, y aun pudiera decirse precario. Fué un corazón femenino

Puesto que de un busto colocado en el peristilo del Teatro Nacional se trata, no es del todo malo recordar que allí, á los lados de Acuña, están el de Fernando Calderon, como se ha dicho, y el de Antonio Castro.

Calderon, el autor de *Ana Bolena*, *La vuelta del Cruzado* y *A ninguna de las tres*, fué un distinguido poeta lírico y uno de los iniciadores de la escuela romántica. Antonio Castro fué un génio como actor, su cuerda era la cómica; deleitó á toda una generación, y fué gloria del arte dramático. Murió de una afección del corazón y apesadumbrado de oír las cornetas de los franceses que entraban á México, en Junio de 1863.

En frente de Acuña, está el busto de Angela Peralta. Los últimos versos que Acuña leyó en público, fueron los que escribió al inaugurar este busto, y la tribuna ese día estuvo colocada precisamente al pié del nicho que ocupa hoy el del poeta. De esto hace unos catorce años bien pasados.

A los lados están, las efigies del inmortal autor de *La verdad sospechosa*, D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, cuyo retrato figura en el proscenio del Teatro Español en Madrid, y la de D. Manuel Eduardo de Gorostiza, que si España lo reclama como gloria legítima, considerándolo como sucesor de Moratin y predecesor de Breton de los Herreros, nos pertenece como diplomático, como hombre de Estado y como héroe de la gloriosa rota de Churubusco, en la que expuso sus canas en defensa de la patria que lo vió nacer.

Faltan allí los bustos de Sor Juana Inés de la Cruz, de Rodríguez Galvan y de Carlos Hipólito Serán. Ya los colocaremos sin bombo y sin aparato. Para ello contamos con D. Pablo Bergés.



UN BAILE EN PALACIO.

(Colaboracion).

Querido Editor:



AY cosas inexplicables, y el que yo contribuya con la pálida reseña de una fiesta en libro escrito por Gustavo Baz, es una de ellas. Estoy por llamarla monstruosidad, y le aseguro que no hay falsa modestia en el calificativo. Vd. no me conoce y yo sí, se lo protesto.

Me sorprendió tanto la noticia de mi colaboracion, como si me hubieran asegurado que ya nuestros boulevares no lucian los dos principales obsequios con que sin cesar nos favorece la madre España: las Vénus montañesas y los toreros, no de invierno, sino del más desapacible tiempo de aguas. Debemos perdonar tales bromas á tan respetable abuela.

Lo grave es que acepté, y me he sacado el elefante. De lo que yo llamo pomposamente crónicas, pasar á un libro, hay un trecho

peligroso que afortunadamente recorreré *bras-dessus, bras-dessous*, con el padre de la criatura á la que sirvo de ayo accidental y momentáneo.

El Gral. Diaz, á causa de la muerte del esclarecido patriota D. Juan José Baz, quiso que se suspendiera el baile por su personal sentimiento, del que participó toda la ciudad; y solo porque se habia retardado mucho, se verificó el dia fijado.

Con mucha anticipacion se anunció el baile, sin duda para preparar los ánimos poco acostumbrados á acontecimientos semejantes, y á nuestras *couturières* á ejercicio tan productivo. Muchas personas encargaron sus trages á Europa, las más los mandaron hacer aqui, y algunas, muy pocas, lucieron manufacturas á domicilio.

Cuando Palacio supo que la fiesta tendria lugar en sus salones, se preocupó bastante. Desde los dias más ó ménos famosos de Su Alteza Serenísima, y los engañadores de Maximiliano único, nadie se habia permitido tales lujos en el mal encarado edificio. Estaba reservado á la República hacer bailar á sus hijos en el mismo local. Como mamá á la moderna, los empieza á educar en sociedad con distracciones del más alto tono. Son tan jóvenes, que están ahora en las primeras emociones del frac.

Llegó al fin el 5 de Noviembre, dia anunciado, y no de mal humor; la aurora tuvo un risueño despertar, enviando á la tierra fresca y perfumada brisa. Se esperezó Palacio á los acordes de su corneta de guardia, miró su reloj y lanzó un triple bostezo de satisfacción abriendo sus tres puertas. Tomó en ayunas una pastilla de Brown, para evitar una ronquera al recibir á sus invitados, y no extrañó el agua por no tener la costumbre de lavarse. Es desaseado.

Empleáronse la mañana y la tarde en los últimos detalles. Brigadas de curiosos desfilaban por la acera tratando de burlar la vigilancia de los centinelas, que en mutilado castellano impedían el

acceso de tanto pretendiente, que al verse desairados almacenaban malísimos deseos para el esperado lucimiento, y decían como consuelo á sus vecinos: "No ha de estar bonito."

Se despidió el sol con una cordial sonrisa, y dieron principio á sus artísticas tareas los directores de los fuegos de artificio, fijando convenientemente los muchos castillos que debían quemarse en presencia del soberano—léase pueblo,—así como los empleados menudos del municipio, colgando innumerables farolitos de colores de los árboles de la Plaza. Vendimias y demás industrias populares quedaron casi abolidas. Allá medio escondida, se oía una que otra guitarra melancólicamente rasgueada por incógnito filarmónico, solemnizar á su manera el suceso. Parejas de gendarmes estacionados en las calles que desembocan á la Plaza, solo permitían pasar á los coches de los concurrentes. El frente de Palacio estaba baillantemente iluminado.

De las 10 de la noche en adelante, gran cantidad de coches, desde el fastuoso *landau* de ocho muelles, hasta el pacífico *bandera blanca*, se agrupaban en fantástico y peligroso desorden, en la calle de árboles que del Jardín conduce á Palacio, costando un verdadero triunfo á los aurigas entrar en la fila, que caminaba con una majestad vecina del fastidio.

Apretadas hileras de curiosos formaban valla á los carruajes, recordando, según las edades, la última novela leída, las fiestas de antaño y las por venir. Los más elevados de estatura, apenas distinguan un vaporoso abrigo ó un guante sin estrenar, con los dedos torcidos como si saludaran ó padecieran de atroz reumatismo.

Al concluir el portal, cada vehículo arrojaba su contingente de flores y rasos, perfumes y hermosuras, mareando con ese panorama multicolor y hechicero, á los pobres soldados que nunca las vieron tan gordas, por más que algunas fueran delgadas hasta la idealidad.

Nadie reconocía á Palacio vestido de fantasía, con sus grandes pinturas murales, sus blancas alfombras, sus policromas cortinas, sus abiseladas lunas, su verde césped, sus serias estatuas, alegres festones, variadas macetas, incitantes confidentes, estrellas de Edisson, imperiales candelabros, discretos rincones é incansables músicos.

El salon principal estaba deslumbrante; percibíanse al entrar raudales de luz y de armonía. Colocada la orquesta en uno de los extremos de la pieza, hacia volar las horas, embriagarse á los sentidos, y soñar al corazon. Cadenciosas mazurkas, voluptuosos walses, germánicos schotisch, parisienses polkas y tropicales danzas, convertian en audaces á los tímidos, en feroces á los audaces, y aumentaba la vigilancia de la Plana mayor, estacionada á guisa de tapicaría junto á las paredes de la sala. El profesor Rivas, cual mágico oriental, dirigia con su batuta á más de quinientas parejas, que bailaban á su voluntad y paraban á su inobedecible mandato, sin el recurso siquiera á la apelacion más enérgica.

El Presidente de la República, como invitado especial y dándose el tono necesario á su elevado carácter, se presentó á las once de la noche, rodeado de sus ayudantes, de casi todo el Cuerpo Diplomático y de la comision respectiva.

El local del Senado se convirtió en comedor de señoras, y despues de señoras y hombres. No creo en la intencion de una indirecta sangrienta, por no merecerla tan honorable cuerpo, fué indudablemente solo cuestion de circunstancias. La juventud que baila, no perdona ni á los representantes de una de las instituciones más venerandas de la Roma antigua.

Ante una pareja que quiere amarse á compás, se borra la palabra "respeto" del más vetusto y aceptado diccionario. Se dice con el mismo fuego un apasionado *te amo*, en las catacumbas de Paris, en

San Pedro de Roma, que en un paseo de los más concurridos de una capital de provincia. En tales ocasiones debe abolirse la novia; es una rémora á la perfecta distraccion y un obligado á la quietud. Practica uno con ella escenas candorosas, que si bien merecerian el aplauso del moralista Dr. Mantegazza, obtendrian en cambio una sonrisa del pensador Balzac.

En el salon de baile lucian muchos uniformes extranjeros, que aumentaban lo pintoresco del conjunto. El ministro aleman, el es pañol, el cónsul de Suecia, D. Gaspar de Errazu y nuestros generales, así como los ministros diplomáticos en general, hacian pensar en la existencia de una fiesta europea.

Habia algunos esclarecidos y valerosos varones, que desafiando la crítica y las costumbres, se presentaron con *culottes courtes* y no todos de *mollets superbes*. Creo que eran cuatro únicamente, que por poco se unen para compartir su excentricidad como los conspiradores del erótico régimen, de la soberana de Gerolstein.

¿A qué decir que el baile estuvo suntuosamente bello, si en la conciencia de todos los que á él concurrimos, se encuentra grabada calificación tan envidiable? Para mí, querido Editor, la belleza de una *soirée danzante* estriba principalmente, en la de las mujeres que la adornan. En el lado al Presidente, no se encontraba una fea ni para remedio. Hasta á las señoras que alcanzaron la famosa nevada de 56, les encontré algun atractivo.

No soy partidario de los artículos-catálogos, por lo que no cito al otro sexo; tanto más, cuanto que un olvido involuntario y lamentable no tendria perdon. Si me hubieran nombrado jurado calificador para adjudicar el premio á la más hermosa, más elegante y más hechicera mujer, se lo daria sin vacilar á una mujer casada; no hay que alarmarse, porque no daré su nombre: no estoy reñido ni con su intachable reputacion, ni con mis vírgenes costillas. A su ma-

rído le hubiera obsequiado con el título de almirante. ¿Se acuerda Vd. de la *Vida Parisiense*?

Para que todo hubiera en la viña del Señor, tuvimos también el desagradable incidente de un disgusto entre dos caballeros, que terminó por fortuna, á los pocos días, de una manera satisfactoria, por más que no estuviera así en su principio, que lo fué equivocada interpretación á algunas palabras. Somos así, y ni los remedios de patente más ruidosamente anunciados por las droguerías azules ó doradas, ni el célebre *corn-cura* ó las pildoritas vegetales de Hobb, han sido bastantes á curarnos este defecto orgánico. No concebimos fiesta completa sin alguna incomodidad, aun cuando sea al por menor y sin ulteriores consecuencias. Tengo la esperanza de que con el tiempo nos aliviemos radicalmente de tan nociva dolencia.

Puede asegurarse, sin temores de equivocación, que á la fiesta dada en honor del Presidente asistió todo el México distinguido, y note Vd. que yo fui invitado.

A eso de las tres de la madrugada, se retiró el Presidente con su familia, después de haber gustado de un bien servido *buffet*, con que me aseguran lo obsequiaron; porque al resto de los mortales, nos supusieron acérrimos partidarios del Dr. Tanner. Entrar al comedor era tan difícil, como lograr una audiencia ministerial sin poderosa recomendación. Cada media hora se abrían las puertas del anhelado *driving room*, y los muchos que esperaban solos ó por parejas, tenían que conformarse con las bocanadas gastronómico-digestivas que lanzaba. Se aspiraban restos de festín, manteles mojados de vino y gas carbónico sin salida. Estaba á la altura de un *Bouillon del Marais*.

Como á las dos se mandó traer otra música, que tocaba alternativamente con la orquesta de Rivas, en uno de los salones adyacentes, que fué el favorecido por los novios: quedaban una pared de

por medio de los afables suegros. Viva la inocencia ante todo, debe obrarse con libertad para divertirse, y no hay como estar en *petit comité*. Llega uno á gustar de los encantos del tuteo á voces, y á prometer en ocasiones concluir en vicaría.

Haciendo revivir mis adormecidos recuerdos de aquella noche, veo pasar tres figuras encantadoras que conservaré por mucho tiempo: P.... C.... L.... B.... y É.... M....

Yo daría algo—si lo tuviera,—porque me hubieran hecho en esa vez el confidente general. Nada hay que más me deleite que presenciar quiebras aparentes, francas correspondencias, celos embozados ó infidelidades conyugales puramente platónicas. Entonces es cuando me convenzo de lo respetable que es el abanico. Su manejo es toda una ciencia. El ruido que produce agitado por una mujer bonita, solo puede compararse con el rumor de alas y caricias intangibles de que hablan los poetas; es peligrosamente atractivo.

.....
Empezó el desfile por lo avanzado de la hora, retirándose todo el mundo con pena y desagradeciéndolo el orden que dominaba en el amplio guardarropa.

La claridad gris de la mañana, vino á sorprender á los *enrages* y á poner pálidas á las estrellas de Edison. Había que retirarse. Entonces es cuando se presenta un aspecto desolador; míranse cintas huérfanas, flores marchitas, etiquetas semiborradas, plumas que no vuelan más, alfileres, horquillas. El olor que queda es raro, sin ser desagradable. Hay mezcla de perfume y carne, de raso nuevo y desteñido, algo *sui generis*, algo así como un conturbamiento de opopanax y femenino traspiración. En Oriente debe de ser muy estimado.

.....
Ya al retirarme, me encontré en la meseta junto á la gruta, un guante de mujer horribilmente estrujado; hasta me pareció sentir.

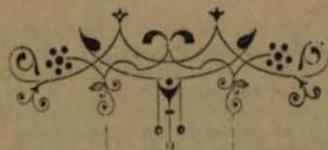
lo húmedo. Lo recogí sin querer, y al dormirme, recordé á Blasco cuando dice:

“Con el pañuelo que perdiste un día
del wals en la confusa rapidez,
cuántas lágrimas, cuántas he secado
pensando en tu desden

Mucho tiempo despues, el principio forzoso de toda conversacion era esta pregunta, que á mi vez le hago:

—¿Estuvo Vd. en el baile de Palacio?

FEDERICO GAMBOA



ASILO PARA HIJOS DE OBRERAS



Al hablar de la fundacion benéfica que ha venido á cerrar como un broche de oro el año de 1887, en los anales de la Ciudad de México, bueno es echar una mirada instigadora sobre el estado que guarda la clase obrera. El trabajo no es rudo, ni las condiciones de la vida difíciles, dicen los economistas teóricos al hablar de México. Pero no toman en cuenta ni la anemia, ni la debilidad muscular causada por la altitud, ni lo precario de la demanda del trabajo. La situacion, pues, del obrero, es cuando ménos tan difícil ó tan expuesta como en cualquier otro centro fabril. Esta situacion se hace más angustiosa para la mujer y para la madre. Cuando sus hijos están en los primeros años, les tiene que negar sus cuidados y confiarlos á manos mercenarias, que merman indefectiblemente el ya escaso salario.

A remediar esto obedeció el generoso pensamiento que tuvo la

Sra. Romero Rubio de Diaz, fundando una Sala de Asilo para hijos de obreras. La asistencia que da este establecimiento inaugurado el 1º de Diciembre, es diurna, gratuita y educativa. Su fundacion se hizo con recursos privados de la Sra. de Diaz.

¿No es esto acaso, en medio de la sencillez de sus detalles, todo un poema de ternura?

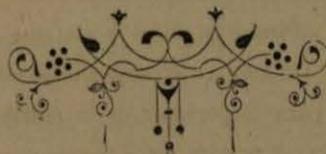
La dama ilustre que desde su alta posicion política y social, tiene no solo una mirada, sino una solicitud fraternal á las pobres, á las desheredadas hijas del pueblo proletario; la que da un hogar á niños miserables y un pan á párvulos que parecian condenados á la hambre, á la escrófula y á la ignorancia, constituye un ejemplo que al cronista indiferente mismo, hace sentir el llanto de la ternura, y que, en medio de ese pueblo de la capital hambriento y sin hogares, debe haber cruzado como una ráfaga de santa y dulce esperanza, y sublevado un himno de mudas pero ingenuas bendiciones.

El óbolo que el magnata da en el platillo vanidoso de la caridad pública, significa poco ó nada. Su limosna piadosa para el culto, es un depósito en la caja de ahorros del cielo; pero esa caridad práctica, esa dulce filantropía, esa ternura femenil y enérgica, que idea y realiza, enseña y fuenta, establece y sostiene una institucion benéfica que es á la vez amparo de desvalidos, estímulo al trabajo y caja de ahorros para el porvenir de la patria; esa caridad y esa filantropía no solo son admirables, sino que muestran cuán grande, cuán generoso, cuán levantado es el corazon de la mujer mexicana.

La Sra. Romero Rubio de Diaz, puede estar satisfecha de su obra. Todos conocen su modestia ingénita, todos comprenden que es incapaz su pecho del orgullo legítimo de una buena obra; pero cuando á solas evoque sus recuerdos, oirá una voz vaga, misteriosa, llena de pudor y conmovida, que le dirá al oído y repercutirá en su cora-

zon: *¡en nombre de tu tierra natal, bendita seas! ¡en nombre de los que sufrian, bendita seas! ¡en nombre de las madres mexicanas, bendita seas! ¡Bendita, mil veces bendita en nombre del porvenir! . . .* Esa voz será el eco de todos los que sufren y de todos los que esperan

El buen ejemplo es contagioso. Tres diputados, el Dr. Rodriguez Rivera, el Sr. Apolinar Castillo, y el que esto escribe, quisieron que el generoso pensamiento de la Sra. Romero Rubio de Diaz se desarrollase en toda la ciudad, y que el Estado aportase su contingente á la generosa dama, y presentaron á la Cámara de Diputados una proposicion, apoyada por las diputaciones de Jalisco y Aguascalientes, relativa á la fundacion y sostenimiento de Salas de Asilo en la Ciudad de México, por la Secretaría de Gobernacion. Este proyecto será de seguro votado unánimemente.





LA ESCUELA NORMAL.



EN el mes de Marzo se inauguró la Escuela Normal del Distrito Federal. Honra es de la administración que la ha fundado, haber levantado un plantel que redundará en provecho de la clase indígena, y que era una de las piedras fundamentales de la enseñanza obligatoria en el futuro.

El Estado de Veracruz ántes, y bajo el gobierno del Sr. D. Apolinar Castillo, y el de Puebla bajo los auspicios del Sr. Gral. D. Juan N. Mendez, habian establecido escuelas normales. El Distrito debe esta mejora indiscutible, al celo y afanes del Sr. Gral. Diaz, Presidente de la República, secundado eficazmente por su Ministro de Justicia, el Sr. D. Joaquin Baranda.

La Escuela Normal se abrió al público con un cuadro escogido de profesores, entre los que figura el Sr. Altamirano, y bajo la dirección

del Sr. D. Miguel Serrano; las cátedras fueron perfectamente dotadas, y los reglamentos discutidos por una junta de profesores, en la que figuraban el Dr. Flores, Justo Sierra, el Sr. Vigil y otros.

La trascendencia que implica la fundación de la Escuela Normal en la educación pública, es de un efecto inmenso. No basta querer enseñar, es preciso saber cómo se enseña. Se requiere, además, apropiarse los métodos al medio en que se vive. A esto tiende una Escuela Normal.

Ya el Pensador Mexicano, escritor ilustre y primer iniciador de la instrucción gratuita entre nosotros, y que con su claro talento se



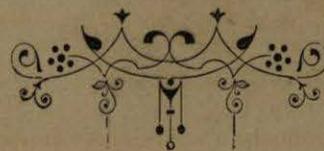
adelantó á su época en muchas materias, exponía un método objetivo y racional de enseñanza, en su novela *La Quijotita*: un verdadero método objetivo. Lo que el Pensador Mexicano vislumbró en los principios del siglo, lo que la pedagogía moderna ha estudiado y pres-

critado despues de profundas observaciones científicas, y ha aconsejado en un interés á la vez que humano, social, esto es, la enseñanza gradual, objetiva y deductiva, que en el párvulo primero y en el niño despues abra á la inteligencia los horizontes del conocimiento del mundo exterior, y eduque insensiblemente el espíritu para la observación y comparación de los fenómenos físicos, ha sido sin embargo criticado y aun negado hoy por unos cuantos.

Enseñais con juguetes, dicen los desdeñosos, y se les puede contestar: "enseñamos con juguetes ya que así los llamaís, para sintetizar el universo, miéntras que vosotros no sabeís enseñar mas que con la vetusta disciplina para fatigar la memoria, cuando no para inducir ideas erróneas ó que se olvidan fácilmente."

De todos modos, la Escuela Normal, con sus métodos modernos, está llamada á esparcir la instrucción primaria bajo un punto de vista práctico, preparando los espíritus á la enseñanza superior, ó á la sola comprensión de la naturaleza, para aquellos que no puedan seguir los cursos que son hoy el privilegio de los acomodados. Esto influirá en la desfanatización de las masas y en el progreso social.

Tales reflexiones nos hacíamos varios soñadores del futuro, al salir de los ejercicios públicos con que á principios de Diciembre cerró los cursos de su primer año escolar, la Escuela Normal del Distrito.





LAS POSADAS.

CÓMO se ahuyen á través del tiempo los recuerdos de la niñez, y qué veloces pasan los años felices de la juventud! ¡Parecen ya en la edad media de la vida, un sol que traspone cordilleras coronadas de *nimbus*!

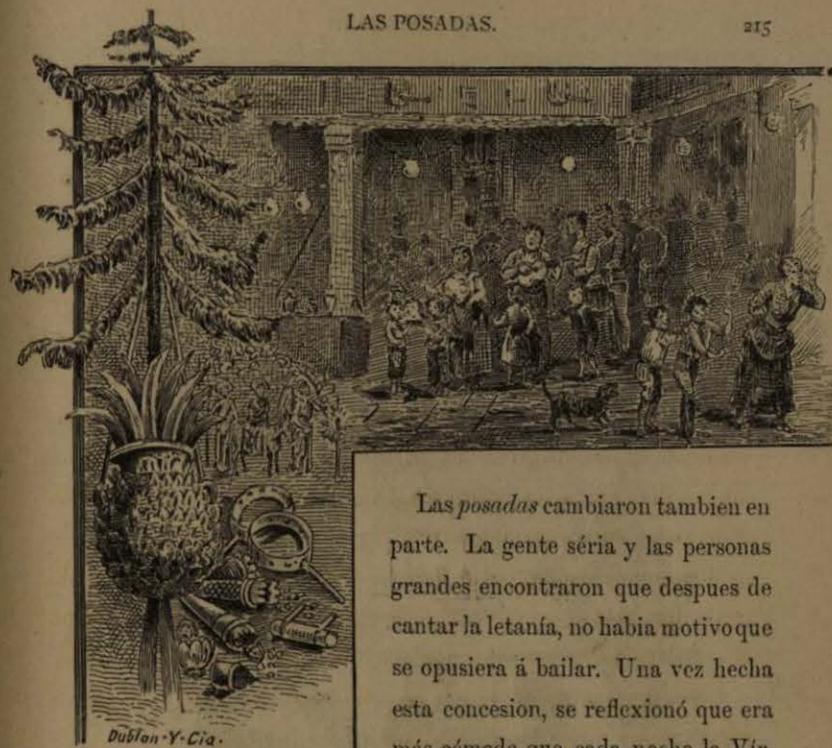
La memoria, atravesando los dolores íntimos, yendo á los tiempos anteriores al destierro, evocando santas imágenes de un hogar feliz, ve aparecer aquellos *nacimientos*, en que colaboraban todos los miembros de una familia y sus íntimos; de aquellos *nacimientos*, cuadros de bulto que se compraban pieza por pieza en los puestos del Portal de Mercaderes, ó en las *barracas* de la Plaza Mayor: los San José y la Virgen María, los reyes Magos y los pastores de barro, el niño Dios de blanca cera, las chozas de carton, el portal de Belem de *tejamanil* pintarrajeado, y la lama y los espejitos para representar el hielo y sobre todo, aquella alegría inconsciente de los primeros años.

Luego se recuerden las *posadas* caseras, tales como aún creo se practican en donde hay muchachos, y en los hogares sencillos de barrio: la procesion que representaba la *huida* á Egipto, acompañada de la letanía cantada en un latin bárbaro, las coplas para pedir posada, aquel *ábranse las puertas*, que venia á decir, prepárense á devorar *confites* y *cacahuates*, el ruido de los panderos y pitos, la *olla rota* y los machucones, la reyerta final, todo acompañado de estrepitosos cohetes, y de los aullidos de los perros del vecindario.

Estas ya lejanas é inocentes fiestas de la niñez, tuvieron indudablemente su origen, en el novenario de aguinaldo. Principiaron en las familias por rezos nocturnos, bajo la direccion de algun sacerdote amigo de la casa; despues se invitó á los vecinos; se les obsequiaba naturalmente con un refresco, como rezan cuando hablan de cualquiera fiesta las crónicas de la época colonial, y con el tiempo se convirtieron en esa diversion que conocimos en nuestra infancia.

Los altares se trasformaron en *nacimientos*, y éstos en juguetes ó distraccion de los hijos de la familia que invitaba.

En punto á *nacimientos*, los llegó á haber de diversas categorías: algunas familias de señoras respetables y piadosas, algunos pudientes de barrio ó algunos amantes de ver mucha gente en su casa ó de tener alguna pequeña vanidad, convirtieron sus salas en verdaderos panoramas, dispusieron artísticamente sus figuras é imágenes de bulto, alumbraron con luces de colores el paisaje que representaba á Belem, simulando con algodón la nieve y con hilos de plata la escarcha, aunque en Galilea no caiga nieve en el invierno, ni aunque fuese inverosímil que el pequeñuelo Jesus resistiese desnudo á la temperatura glacial con que se adornaba la escena. A estos *nacimientos* se iba por medio de invitacion, y se examinaban con el detenimiento con que hoy se examinan las exposiciones de la *Parisiense*, cuando Zivy recibe un nuevo cargamento de objetos de lujo.



Las *posadas* cambiaron tambien en parte. La gente seria y las personas grandes encontraron que despues de cantar la letanía, no habia motivo que se opusiera á bailar. Una vez hecha esta concesion, se reflexionó que era más cómodo que cada noche la Virgen tuviese una nueva posada en don-

de seria recibida con una espléndidez acrecida por la emulacion, y por consecuencia que el baile se verificase diariamente en casa distinta. El dueño de la casa era el que *recibia la posada* cuando en realidad era el que la daba.

Segun la clase social de los invitados, así despues del rezo y letanía, sonaba la modesta guitarra y el bandolon ó el aristocrático piano, ó la música formal de cuerda, y en vez de desparramar sobre la cabeza de los concurrentes el contenido de una olla repleta de confites duros como piedras, y canelones comprados en las *barracas* de la plaza, se repartian juguetes llenos de dulces y más ó ménos caprichosos, se obsequiaba con ponches y copitas de Jerez y Marrasquino.

Suprimiéronse en algunas partes, que no en todas, el rezo, la letanía y hasta el *nacimiento*. Se pusieron de moda nueve bailes seguidos en toda forma, y . . . ¡oh sacrilegio! hasta la gente de trueno dió *posadas*, ó más bien nueve orgías seguidas.

El pueblo humilde, el pueblo que vive en casas de vecindad y en



apartados barrios, aún sigue la primitiva forma, y aún va á comprar su San José de capa amarilla, su burro café con leche y su Virgen de manto azul para sus modestos *nacimientos*. Cuando llega la

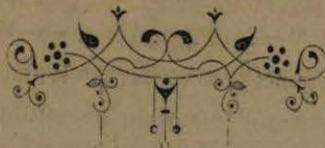
Noche Buena y ha concluido sus rezos y sus letanías y sus confitazos y revolcones, y ha quemado muchos cohetes en vez de ir á sentarse en una mesa resplandeciente de luces y cubierta de opíparos manjares, como lo hacen las clases acomodadas, se va á la misa de gallo á las doce en punto y sale luego á la calle, al Jardín del Zócalo ó no importa á dónde, á cantar desentonadamente al són de una guitarra. La luz del día siguiente lo sorprende, si no en las penumbras de una Comisaría, si dormitando en el quicio de una puerta.

Es una costumbre invariable la que tiene el pueblo de México á pasar la noche en vela, los días de Fiesta Nacional y algunos otros como la Noche Buena; cuando mejor se la puede observar, es en un 15 de Setiembre. El origen de esta costumbre data de 1821. Cuando estalló la guerra de Independencia, el gobierno español prohibió los grupos y cantos en la noche, por medio de un bando. Las expansiones populares le aterrizaraban.

El día de la Merced, en Setiembre de 1821, entró á México la primera division del Ejército Trigarante al mando de D. Vicente Filisola, y como en esa noche se verificaban las famosas *luces* ó sea una especie de verbena, en el barrio en que se levantaba el convento de los mercedarios, el bando vireinal fué abolido y el pueblo de México se lanzó á las calles lleno de expansion y regocijado, con las esperanzas que infundia en todos los ánimos la Independencia política, que se acaba de conquistar

La Noche Buena, por otra parte, reviste en esta ciudad un carácter peculiar á los pueblos latinos. No hay una diferencia esencial entre el *reveillon* de Paris con nuestras cenas mundanas, las *barracas* de la Plaza de la Constitucion, tienen semejanza con las que obstruyen los *boulevards* desde la Magdalena hasta la Bastilla, ó la Plaza Mayor y calle de Atocha en Madrid; en nuestras misas

de gallo suena el pandero que acompaña al *villancico* de los templos españoles; los cohetes pueblan y atruenan los aires como en Galicia, y el mayor movimiento se nota en la vía pública. Allá en los países del Norte, la nieve cubre los tejados, el hielo aprisiona las fuentes, solo hay calor y luz en el hogar en torno del tradicional árbol. Las familias se recogen y estrechan porque les falta, ó la expansion de nuestro carácter meridional, ó la dulce y vivificante tibieza de nuestro clima.



REVISTA FINAL.

SUMARIO: Objeto de este libro.—La fiesta de los Angeles.—San Juan.—Verbenas y luces.—El capitán Voyer.—El Teatro del Conservatorio.—D. Nicolás Zúñiga y Miranda.—Bailes.—Casinos.—Espectáculos.—El Circo Orrin.—Mazantini actor.—Opera bufa francesa.—Reparticiones de premios.—Excursion del Colegio Militar.—La fiesta Guadalupana.—Coronacion el 12 de Diciembre.—La instruccion obligatoria.—Estado general del país en 1887.—Conclusion.



ESTE libro, sin tener en cuenta su escaso, y francamente sea dicho, su ningun mérito literario, no ha podido tener las proporciones, ni abarcar los sujetos que se proponian el autor y el editor.

Para ello contribuyeron causas incontrarrestables; causas que, en los años subsecuentes, si este ensayo tiene éxito, no podrán impedir que hagamos lo que queriamos: registrar anualmente las pulsaciones diarias de la vida social en la ciudad de México.

Entre las costumbres, hemos omitido, por ejemplo, la tradicional fiesta de los Angeles, el 2 de Agosto; pero 1888 verá concluida la renovacion de aquel Santuario, y esto nos permitirá estudiar las